

# La naturaleza y el papel de la Iglesia en la Primera Epístola de Pedro: breve análisis e implicaciones para la identidad adventista

**Eduardo Rueda Neto**

Docente de posgrado, Facultad de  
Teología, UNASP-EC  
Brasil

eduardo.rueda.neto@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-0180-3895>

## Resumen

El presente ensayo analiza la naturaleza y la función de la Iglesia según 1 Pedro. Se examina cómo las metáforas e imágenes eclesiológicas, arraigadas en el Antiguo Testamento, configuran la identidad y la misión de la comunidad cristiana. La carta describe a la Iglesia como el pueblo de Dios en exilio y peregrinación, llamado a mantener su fidelidad en medio de una cultura hostil; como un edificio espiritual y un sacerdocio santo, formado por “piedras vivas” que ofrecen sacrificios agradables a Dios; y como un pueblo elegido encargado de proclamar las virtudes de aquel que la llamó de las tinieblas a su luz admirable. La continuidad entre Israel y la Iglesia, evidenciada por los títulos veterotestamentarios —“linaje escogido”, “real sacerdocio”, “nación santa” y “pueblo adquirido”— muestra que la identidad eclesial no se reduce a la pertenencia formal, sino que se manifiesta en la santidad práctica, la conducta ética y el testimonio misional. A la luz de esta eclesiología petrina, el estudio propone algunas implicaciones para la comprensión adventista de la Iglesia. El énfasis en la santidad de vida, el sacerdocio corporativo y la vocación misionera dialoga directamente con pilares de la identidad adventista, como la doctrina del santuario, el llamado escatológico a vivir de manera distinta y la centralidad de la misión. De manera especial, la metáfora de la Iglesia como comunidad peregrina resuena con el carácter escatológico adventista, que concibe su identidad desde la esperanza en el retorno de Cristo y la conciencia de que el pueblo de Dios vive en tensión con los valores del mundo. De este modo, la eclesiología de 1 Pedro ofrece fundamentos que enriquecen la autoconciencia adventista, subrayando que la identidad de la Iglesia se revela en el testimonio práctico de las acciones salvíficas de Dios y en el compromiso de encarnar, en el presente, los valores del Reino.

**Palabras clave:** Eclesiología; 1 Pedro; iglesia; identidad adventista; misión.

## Abstract

This essay analyzes the nature and function of the Church according to 1 Peter. It examines how ecclesiological metaphors and imagery, rooted in the Old Testament, shape the identity and mission of the Christian community. The letter describes the Church as the people of God in exile and pilgrimage, called to maintain fidelity in the midst of a hostile culture; as a spiritual house and a holy priesthood, formed by “living stones” that offer sacrifices acceptable to God; and as a chosen people tasked with

proclaiming the excellencies of Him who called them out of darkness into His marvelous light. The continuity between Israel and the Church, evidenced by Old Testament titles—“chosen race,” “royal priesthood,” “holy nation,” and “a people for His own possession”—shows that ecclesial identity is not reduced to formal membership, but is manifested through practical holiness, ethical conduct, and missional witness. In light of this Petrine ecclesiology, the study proposes several implications for the Adventist understanding of the Church. The emphasis on holiness of life, corporate priesthood, and missionary calling engages directly with core pillars of Adventist identity, such as the sanctuary doctrine, the eschatological call to live distinctly, and the centrality of mission. In particular, the metaphor of the Church as a pilgrim community resonates with the Adventist eschatological character, which conceives its identity through hope in the return of Christ and the awareness that the people of God live in tension with the values of the world. In this way, the ecclesiology of 1 Peter offers foundational insights that enrich Adventist self-understanding, emphasizing that the identity of the Church is revealed in practical witness to God’s saving acts and in the commitment to embody, in the present, the values of the Kingdom.

**Keywords:** Ecclesiology; 1 Peter; church; Adventist identity; mission.

## Introducción

La pregunta por el sentido de ser Iglesia constituye una de las cuestiones más significativas del quehacer teológico, especialmente en el ámbito de la eclesiología. Las Escrituras, y particularmente el Nuevo Testamento, ofrecen diversas respuestas a este interrogante. Sin embargo, una carta destaca de manera especial en este tema.

Redactada para alentar a creyentes de origen judío y gentil dispersos en diversas regiones de Asia Menor a mantenerse firmes frente a la oposición, la Primera de Pedro es una epístola repleta de citas y alusiones al Antiguo Testamento, cuyos vínculos con las Escrituras hebreas son esenciales para comprender su mensaje. Esta carta se cuenta entre los escritos más eclesiológicos del Nuevo Testamento, pues ofrece numerosos indicios de lo que significa ser Iglesia.

Los destinatarios de la epístola son identificados al inicio de la carta como “expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”<sup>1</sup> (1 Pe 1:1), regiones que abarcaban una amplia franja del territorio que hoy corresponde a Turquía. La datación más probable de la carta se sitúa entre los años 62 y 64 d. C., durante el período de creciente hostilidad del Imperio Romano hacia las comunidades cristianas, aunque algunos eruditos proponen

---

<sup>1</sup> Los textos bíblicos citados en este ensayo fueron extraídos de la versión Reina-Valera 1960.

fechas ligeramente posteriores.<sup>2</sup> Los destinatarios experimentaban una forma de marginalización social: no pertenecían plenamente a la sociedad circundante, ya fuera por su origen étnico, su reciente conversión o su modo de vida diferenciado. Esta realidad de extranjería social forma el telón de fondo sobre el que se desarrolla toda la teología de la carta.<sup>3</sup>

La epístola no solo aborda la situación sociológica de sus destinatarios, sino que la transforma en categoría teológica. Pedro reinterpreta la experiencia de marginación a la luz de la historia de Israel y de la obra redentora de Cristo, ofreciendo a los creyentes un marco de comprensión que resignifica su condición y los equipa para vivir fielmente en ese contexto adverso. Esta estrategia retórica y teológica es lo que hace de 1 Pedro un texto de permanente relevancia para comunidades que experimentan tensión con su entorno cultural.

Para tal fin, el apóstol Pedro<sup>4</sup> emplea comparaciones y metáforas procedentes también del Antiguo Testamento. En las páginas siguientes se examinarán algunas de estas figuras retóricas con el propósito de discernir lo que enseñan sobre la naturaleza y la función de la Iglesia. En un segundo momento, se explorarán las implicaciones de esta eclesiología para la comprensión adventista de la Iglesia.

### La Iglesia como pueblo de Dios exiliado y peregrino

Al inicio de la carta (1 Pe 1:1-2), Pedro alude a dos acontecimientos decisivos de la historia de Israel: el éxodo de Egipto y el exilio babilónico. Las expresiones “elegidos” (*eklektōis*)<sup>6</sup> y “rociados con la sangre” (*rhantismōn haimatos*) evocan el éxodo (cf. Éx 24:1-11; Dt 7:6-8), mientras que “expatriados” (*parepidemois*) y “dispersión” (*diaspora*) remiten al destierro (cf.

---

<sup>2</sup> Sobre la datación de 1 Pedro, véase Eduardo Rueda Neto, *O uso do Antigo Testamento em 1 Pedro e suas implicações teológicas* (tesis doctoral, Pontificia Universidad Católica de São Paulo, 2024), 58.

<sup>3</sup> La relación entre la situación social de los destinatarios y el mensaje de la carta ha sido analizada en profundidad por Paul J. Achtemeier, *1 Peter*, Hermeneia (Minneapolis: Fortress Press, 1996), 50–68.

<sup>4</sup> En este artículo, se asume que el apóstol Pedro fue el autor de la primera carta que lleva su nombre. Para las razones que justifican este postulado, así como para obtener más información sobre el contexto en el que fue escrita la epístola, véase Rueda Neto, *O uso do Antigo Testamento em 1 Pedro*, 57–61.

<sup>5</sup> Todas las palabras en griego y en hebreo presentes en este artículo (cuerpo del texto y notas al pie) han sido transliteradas conforme al esquema general de transliteration del *SBL Handbook of Style*, 2.<sup>a</sup> ed. (Atlanta, GA: SBL Press, 2014). Las palabras transliteradas aparecen en cursiva.

<sup>6</sup> Las expresiones y palabras en griego fueron extraídas del *Novum Testamentum Graece*, ed. Barbara Aland, Kurt Aland, Johannes Karavidopoulos, Carlo M. Martini e Bruce M. Metzger, 28.<sup>a</sup> ed. rev. (Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 2012).

1 Pe 5:13). Tanto la relectura del éxodo como la del cautiverio tienen por objeto fortalecer la autocomprensión y la conducta cristianas de los destinatarios.<sup>7</sup>

El término griego *parepidemos* (“expatriado”, “peregrino”) designa literalmente a quien reside de manera temporal en un lugar que no es su patria. En el contexto del mundo grecorromano, este término tenía connotaciones jurídicas precisas: el *parepidemos* carecía de los derechos plenos del ciudadano y vivía en una condición de vulnerabilidad legal y social.<sup>8</sup> John H. Elliott ha argumentado que esta terminología refleja no solo una metáfora espiritual, sino también la situación sociológica concreta de muchos destinatarios de la carta, que eran literalmente extranjeros y forasteros en las regiones en que residían.<sup>9</sup> Sin embargo, más allá de la dimensión sociológica, Pedro transforma esta condición en una categoría teológica: ser “extranjero” en el mundo es la marca distintiva del pueblo de Dios en cualquier época y lugar.

Mediante estas dos imágenes, usadas de forma metafórica, el apóstol sugiere dos ideas: (1) la Iglesia constituye la continuación de Israel. En 1 Pedro no existe ruptura ni superposición entre Israel y la Iglesia, sino continuidad; se entiende que la Iglesia debe prolongar el legado y la misión de Israel en el mundo, ampliados por la revelación del evangelio. (2) La Iglesia es extranjera en este mundo. Roma —desde donde escribe Pedro— y la sociedad pagana del imperio eran hostiles al estilo de vida cristiano; aquella no era su patria. Debían recordar que, como los judíos en Babilonia, los seguidores de Cristo viven en el mundo por un tiempo determinado y un día retornarán a su verdadera patria (cf. Fil 3:20).

Esta tensión entre el “ya” y el “todavía no” es uno de los rasgos más característicos de la eclesiología petrina. La Iglesia vive en el presente histórico, pero con una orientación fundamental hacia el futuro escatológico. Esta tensión no es fuente de pasividad o evasión, sino de una participación activa y transformadora en el mundo. El pueblo peregrino no abandona su

---

<sup>7</sup> Johan Konings, Waltraud Krull e Marcus Mareano, *Tiago, Pedro, João e Judas: Cartas às comunidades: Comentário-paráfrase* (São Paulo: Edições Loyola, 2019), 29.

<sup>8</sup> Sobre el significado jurídico y social de *parepidemos* en el mundo grecorromano, véase J. Ramsey Michaels, *1 Peter*, WBC 49 (Waco, TX: Word Books, 1988), 6–8. Michaels observa que, aunque en la literatura griega *paroikos* podía señalar con mayor precisión el estatus legal del extranjero residente, mientras que *parepidēmos* designaba al que residía temporalmente en un lugar extranjero, Pedro utiliza ambos términos de manera casi intercambiable para referirse a la condición de los cristianos como extranjeros en el mundo social en que viven. Esta “extrañeza” no deriva de la raza, el nacimiento o las circunstancias civiles previas, sino de la elección divina, que los ha separado de su antiguo mundo social y los ha convertido, precisamente por ser elegidos, en un grupo desfavorecido ante la sociedad circundante.

<sup>9</sup> John H. Elliott, *A Home for the Homeless: A Sociological Exegesis of 1 Peter, Its Situation and Strategy* (Philadelphia, PA: Fortress Press, 1981), 21–58.

responsabilidad hacia la sociedad; al contrario, su conducta ejemplar en medio de ella (cf. 1 Pe 2:12) constituye una forma de testimonio y de misión.

En los versículos 3-12, Pedro prosigue con una serie de referencias directas e indirectas al Antiguo Testamento para exponer las bendiciones extraordinarias de las que gozan los cristianos como pueblo de Dios, a pesar de su condición de exiliados y peregrinos en el mundo. A partir de los versículos 13-25, el apóstol comienza a tratar las implicaciones prácticas de que la Iglesia sea el pueblo del Señor, la continuación del Israel de Dios, énfasis que se intensifica a partir de 1 Pe 2:11. Una vez liberada la Iglesia del cautiverio del pecado, del mismo modo que Israel fue rescatado de Egipto, los cristianos están llamados a: prepararse para el regreso de Jesús, como los hebreos se prepararon para el éxodo en la Pascua (v. 13); caminar en santidad durante su peregrinación en el mundo, como Dios esperaba que Israel se santificara durante su travesía por el desierto (vv. 15-17); no olvidar que fueron redimidos por la sangre del Cordero (Jesús), así como los hebreos lo fueron en la noche de la liberación de Egipto (vv. 18-19); y, finalmente, recordar que fueron regenerados por la Palabra de Dios (vv. 22-25).

La metáfora de la peregrinación tiene, además, una dimensión comunitaria que no debe subestimarse. El peregrino no viaja solo; es parte de una caravana. La Iglesia como pueblo peregrino es, ante todo, una comunidad en movimiento, solidaria en sus tribulaciones y unida en su esperanza. Esta dimensión comunitaria impide cualquier interpretación individualista de la fe cristiana y subraya la importancia de la *koinōnia* —la comunión fraterna— como rasgo esencial del ser Iglesia (cf. 1 Pe 4:8-10). La solidaridad en el sufrimiento y la práctica de la hospitalidad son expresiones concretas de esta comunidad peregrina que vive en un mundo que no es su hogar definitivo.

### La Iglesia como templo y sacerdocio de Dios

En el capítulo 2, Pedro continúa exhortando a sus destinatarios e introduce un “pues” o “por lo tanto” (*oun*; v. 1). Es decir, a la luz de lo expuesto sobre la forma prodigiosa en que Dios los rescató y vela por ellos, los cristianos deben evitar la maldad, la hipocresía, la envidia y otros vicios. Por el contrario, han de anhelar fervientemente “la leche espiritual no adulterada”, que representa la misma Palabra de Dios que los regeneró (vv. 2-3).

El pasaje de 1 Pedro 2:1-10 es el más denso en citas y alusiones de toda la epístola. A partir del versículo 4, Pedro despliega una serie de metáforas tomadas del Antiguo Testamento para ilustrar de manera contundente el papel de la Iglesia en el mundo. En consecuencia, estos versículos constituyen el núcleo identitario de la epístola.

Cristo aparece como la “piedra viva” (*lithon zōnta*), rechazada por los hombres pero elegida y exaltada por Dios (v. 4; cf. Sal 118:22). La imagen de la piedra rechazada remite probablemente al contexto de la construcción, en el que ciertas piedras se descartaban por no parecer aptas para el edificio. Algunas de

estas piedras desechadas se redescubrían después como las más adecuadas para determinados fines y se empleaban finalmente para completar la estructura.

La elección de la metáfora del templo no es casual. En el contexto judío del siglo I, el templo de Jerusalén era el centro de la vida religiosa y la morada simbólica de Dios entre su pueblo. Pedro reorienta esta imagen con audacia: el verdadero templo de Dios no es una estructura de piedra, sino la comunidad de creyentes que se reúne en torno a Cristo.<sup>10</sup> Esta reinterpretación es radicalmente innovadora y tiene implicaciones eclesiológicas de gran alcance. La Iglesia no necesita un edificio específico para ser el lugar de la presencia divina; ella misma, en su vida comunitaria y su obediencia al Señor, constituye el espacio donde Dios habita.

Al acercarnos a Cristo nos convertimos asimismo en “piedras vivas” (*lithoi zōntes*; v. 5), y Dios utiliza estas piedras para erigir un santuario, un templo espiritual. La calificación de las piedras como “vivas” (*zōntes*) es significativa: contrariamente a las piedras inertes de cualquier edificio físico, los miembros de la Iglesia son portadores de vida precisamente porque están unidos a Cristo, quien es la Piedra Viva por excelencia. Dentro de este templo también ejercemos el sacerdocio, encargados de ofrecer “sacrificios espirituales” (*pneumatikas thysias*; v. 5; cf. Ro 12:1). Según Mbuvi, las imágenes relacionadas con el templo “resuenan a lo largo de 1 Pedro”; para este autor, tales imágenes son “centrales en la elucidación del mensaje de la epístola”.<sup>11</sup>

La noción de “sacrificios espirituales” merece atención especial. En contraste con los sacrificios animales del sistema levítico, Pedro apunta hacia una forma de culto que abarca toda la existencia del creyente. Los “sacrificios espirituales” incluyen la oración (cf. Heb 13:15), el servicio a los necesitados (cf. Heb 13:16), la confesión de fe y, en última instancia, la entrega total de la propia vida al servicio de Dios y del prójimo (cf. Ro 12:1-2).<sup>12</sup> Esta comprensión amplia del culto desmantela cualquier dualismo entre lo “sagrado”

---

<sup>10</sup> Achtemeier, *1 Peter*, 154–156. Achtemeier sostiene que la imagen de la “casa espiritual” en 1 Pe 2:5 presenta a la comunidad cristiana como un nuevo templo, el lugar donde la presencia del Espíritu de Dios se manifiesta verdaderamente. Sin embargo, observa que esta alusión al templo es secundaria respecto del énfasis principal del pasaje, que consiste en describir a la Iglesia como el verdadero pueblo de Dios.

<sup>11</sup> Andrew Mutua Mbuvi, *Temple, Exile and Identity in 1 Peter* (London: T&T Clark, 2007), 70.

<sup>12</sup> Michaels, *1 Peter*, 100–102. Sobre el contenido de los “sacrificios espirituales” en 1 Pe 2:5, Michaels entiende que la expresión no se refiere a observancias ceremoniales, sino, ante todo, a actos de culto ofrecidos a Dios y, de manera inseparable, a un patrón de conducta social. Relaciona este lenguaje con dos paralelos neotestamentarios: el compromiso integral de hacer la voluntad de Dios en Ro 12:1 y el testimonio de alabanza y buenas obras en Heb 13:15-16.

y lo “secular”: toda la vida del creyente, en todas sus dimensiones, puede ser una ofrenda agradable a Dios.

En los versículos 6-8, Pedro cita tres pasajes del AT para corroborar su argumento: Is 28:16; Sal 118:22 —al que ya había aludido— e Is 8:14. Los tres textos tienen un contenido mesiánico y han sido aplicados al Mesías tanto en la tradición judía como en la cristiana.

La combinación de estas tres imágenes revela la sensibilidad hermenéutica de Pedro y su comprensión unitaria de las Escrituras. Cristo aparece como el fundamento decisivo establecido por Dios: para quienes creen, es base segura, honra y salvación; para quienes lo rechazan, se convierte en motivo de tropiezo y juicio. Así, la misma realidad cristológica provoca respuestas opuestas según la disposición humana ante él. Esta tensión entre fe y rechazo, salvación y juicio, atraviesa el evangelio y define también la relación de la Iglesia con el mundo.

### **La Iglesia como anunciadora de las maravillas de Dios**

En 1 Pedro 2:9, el apóstol aplica a la Iglesia del Nuevo Testamento los títulos de Israel del Antiguo Testamento. En palabras de McKnight, “no hay pasaje en el Nuevo Testamento que asocie más explícitamente los términos del Antiguo Testamento para Israel con la Iglesia del Nuevo Testamento que este”.<sup>13</sup> Concretamente, Pedro fusiona epítetos presentes en Éx 19:6 e Is 43:20-21 (en la versión de la Septuaginta). Este pasaje puede considerarse, con razón, el versículo áureo de la misionología petrina, e incluso de toda la Biblia.

#### **“Linaje escogido” (*genos eklekton*; cf. Is 43:20)**

El Israel bíblico fue un pueblo elegido y separado para manifestar al mundo el carácter del Dios verdadero. Lo mismo ocurre hoy con la Iglesia, integrada por judíos y gentiles que han acogido el evangelio.

El concepto de elección no implica exclusivismo ni superioridad, sino responsabilidad. Ser “linaje escogido” significa haber sido elegido para una misión, no para un privilegio sin obligaciones. La elección de Israel en el Antiguo Testamento tenía siempre una dimensión universal: Israel era elegido para ser bendición para todas las naciones (cf. Gn 12:2-3). Del mismo modo, la Iglesia es elegida no para sí misma, sino para ser instrumento de la gracia divina hacia el mundo.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Scot McKnight, *1 Peter*, NIVAC (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1996), 109.

<sup>14</sup> Davids señala que los títulos aplicados a los cristianos en 1 Pedro proceden del Antiguo Testamento y conservan un énfasis marcadamente colectivo: la iglesia es presentada como un pueblo, un sacerdocio y una nación escogidos por Dios. Esta elección no se limita a un privilegio estático, sino que implica pertenencia a Dios y una vocación pública: anunciar las obras gloriosas de aquel que llamó a los creyentes. Peter H. Davids, *The First Epistle of Peter*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans, 1990), 91–92.

**“Real sacerdocio” (*basileion hierateuma*; cf. Éx 19:6)**

Por medio de Cristo, todos hemos obtenido acceso pleno a la presencia del Padre. En Jesús, como ya se ha indicado, todos somos ahora sacerdotes del Señor. Aunque Israel contaba con una clase sacerdotal, la nación en su conjunto también ejercía una función sacerdotal, como mediadora entre Dios y las demás naciones. De modo semejante, hoy corresponde a la Iglesia tender puentes entre el Señor y quienes se hallan alejados de Él.

La expresión *basileion hierateuma* retoma el lenguaje de Éx 19:6, donde Israel es llamado a ser un pueblo sacerdotal al servicio de Dios. Aplicada a la Iglesia, esta designación subraya que la comunidad cristiana, en su totalidad, participa de una vocación sacerdotal: acercarse a Dios por medio de Cristo y representar su presencia ante el mundo. No se trata, por tanto, de un privilegio reservado a unos pocos, sino de una identidad y una responsabilidad compartidas por todo el pueblo de Dios.

**“Nación santa” (*ethnos hagion*; cf. Éx 19:6)**

La idea se refuerza; el pueblo de Dios es santo, separado para servirle, y por tanto debe llevar una vida igualmente santa (1 Pe 1:15-16).

La santidad en 1 Pedro no es una realidad estática o meramente cultural, sino una categoría ética y relacional. Ser “nación santa” significa vivir de acuerdo con el carácter de Dios en todas las dimensiones de la vida: en las relaciones interpersonales, en el ejercicio de la ciudadanía, en el trato con los no creyentes. Pedro es muy concreto al respecto: la santidad se manifiesta en el trato justo a los gobernantes (2:13-17), en las relaciones domésticas (2:18-3,7), en la respuesta al sufrimiento (3:14-17) y en el uso responsable de los dones espirituales (4:10-11).

**“Pueblo adquirido por Dios” (*laos eis peripoiesin*; cf. Is 43:21)**

Dios “adquirió” a los israelitas de entre las demás naciones pagando un precio por ellos; fueron rescatados de Egipto para convertirse en su propiedad particular. De igual modo, la Iglesia fue comprada por la sangre de Jesús (1 Pe 1:18-19) y pertenece exclusivamente a Él.

Tras explicar el “qué” y el “por qué”, Pedro introduce el “para qué”. El apóstol afirma que la Iglesia fue adquirida por el Señor y constituida como linaje escogido, real sacerdocio y nación santa para proclamar las virtudes (*aretas*) de quien la llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Aquí continúa aludiendo a Is 43:21, pasaje en el que se afirma que el Señor formó a Israel para celebrar o proclamar su alabanza. De modo análogo, la Iglesia fue formada para manifestar ante el mundo la gloria de Dios, su carácter y sus obras.

El término griego *aretai* (“virtudes”, “excelencias”, “maravillas”) es notable. En el pensamiento helenístico, la *aretē* designaba la excelencia moral o la virtud de una persona; en el contexto de la Septuaginta, el término se emplea

para referirse a las grandes gestas de Dios (cf. Is 42:12; 43:21). Pedro usa esta palabra para describir la misión de la Iglesia: proclamar las obras poderosas y el carácter glorioso de Dios. Esta proclamación no se reduce a palabras; incluye el testimonio de una vida transformada, que es en sí misma una manifestación de las “virtudes” de aquel que llamó a los creyentes a la luz.<sup>15</sup>

Dios es quien llamó a la Iglesia de las tinieblas a la luz. Entre otros pasajes (cf. Is 9:2; 42:12), este lenguaje remite de inmediato a la creación de los cielos y la tierra en Génesis 1, cuando Dios, por su palabra, hizo pasar al mundo de la oscuridad a la luz. Este acto implica una nueva creación (cf. 2 Co 5:17). El plan divino es que cada cristiano se convierta en instrumento para que otros también puedan experimentar una regeneración plena.

Al concluir la perícopa, en el versículo 10, Pedro alude al contexto de Os 2:23: Israel dejó de ser pueblo del Señor al apartarse de Él, pero volvió a serlo cuando fue rescatado. Como señala Lopes, al interpretar la profecía de Oseas como referida no solo a los judíos sino también a los gentiles incorporados al pueblo de Dios, “Pedro sigue tratando a la iglesia de Cristo como la continuación legítima de Israel, siendo por consiguiente su pueblo exclusivo”.<sup>16</sup> Así, judíos y gentiles son aceptados por el Señor y transformados en una comunidad escatológica por medio de Jesucristo. En esto consiste el mensaje cristiano que debe proclamarse (cf. 1 Pe 2:9).<sup>17</sup>

La transformación de “no pueblo” en “pueblo de Dios” y de “no compadecidos” en “compadecidos” (v. 10) evoca el drama de la gracia divina en su sentido más profundo. Esta transformación no es mérito del pueblo mismo, sino pura iniciativa y misericordia de Dios. Esta conciencia de haber sido receptores de una gracia inmerecida es la base de la humildad y el servicio que caracteriza al pueblo de Dios en 1 Pedro. La Iglesia no proclama sus propias virtudes, sino las del “que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (v. 9).

En última instancia, el hecho de que antes no éramos pueblo del Señor pero ahora gozamos de todos los privilegios —y responsabilidades— de ser el pueblo elegido de Dios constituye un elemento esencial del evangelio que debe

---

<sup>15</sup> Jobes observa que el uso de *aretai* en 1 Pe 2,9 retoma el lenguaje de Isaías 43:20-21 LXX, donde el pueblo liberado del exilio es llamado a declarar las obras poderosas de Dios. Aunque el término podía emplearse en el vocabulario helenístico para designar virtudes o excelencia de carácter, en un contexto religioso se refiere a las manifestaciones del poder divino. Así, en 1 Pedro, *aretai* puede entenderse tanto como las alabanzas dirigidas a Dios como, más probablemente, los actos poderosos de Dios que fundamentan dicha alabanza. Karen H. Jobes, *1 Peter*, BECNT (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2005), 162.

<sup>16</sup> Augustus Nicodemus Lopes, *1 Pedro*, Interpretando o Novo Testamento (São Paulo: Cultura Cristã, 2019), 100.

<sup>17</sup> Valdir R. Steuernagel, “An Exiled Community as a Missionary Community: A Study Based on 1 Peter 2:9–10”, *Evangelical Review of Theology* 40, n.º 3 (2016): 201.

ser anunciado “en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones” (Mt 24:14).

### **Implicaciones para la identidad adventista**

La eclesiología de 1 Pedro, presentada en las secciones anteriores, ofrece un marco teológico particularmente fructífero para la autocomprensión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Las imágenes de la comunidad cristiana como un pueblo peregrino, un templo espiritual, un sacerdocio santo y una nación escogida no solo describen la naturaleza de la Iglesia, sino que también delinear su misión y su modo de vida en el mundo. Esta sección dialoga específicamente con el libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*,<sup>18</sup> que condensa los artículos de fe (Creencias Fundamentales) y la comprensión teológica de la comunidad adventista.

En primer lugar, la imagen de la Iglesia como pueblo de Dios en exilio y peregrinación armoniza profundamente con la identidad adventista. Según 1 Pedro, los creyentes viven en este mundo sabiendo que su verdadera ciudadanía está en los cielos (cf. Fil 3:20) y que su estancia aquí es temporal. Esta perspectiva coincide con la comprensión adventista de la historia como el escenario del gran conflicto entre el bien y el mal, en el que el pueblo de Dios vive con la mirada puesta en el regreso de Cristo y en la restauración final de todas las cosas (Creencia Fundamental n.º 8 y n.º 25). La condición de peregrinos, por tanto, no describe solamente una experiencia personal, sino también la manera en que la Iglesia se relaciona con la cultura que la rodea, evitando tanto la adaptación irreflexiva como el aislamiento. Esta visión encuentra expresiones concretas en la tradición adventista por medio de la educación, la salud y el servicio a la comunidad. Las instituciones educativas y hospitalarias adventistas reflejan el compromiso de un pueblo que espera el regreso de Cristo sin desentenderse de las necesidades del mundo. Al contrario, la esperanza escatológica impulsa una vida de servicio y compasión hacia los demás.

En segundo lugar, la imagen de la Iglesia como templo espiritual y sacerdocio santo (1 Pe 2:5) guarda una estrecha relación con la comprensión adventista del ministerio de Cristo en el santuario celestial y de la experiencia de la salvación. Los creyentes son descritos como “piedras vivas”, edificadas sobre Cristo, quien constituye el fundamento de la Iglesia. Esto recuerda que la verdadera identidad de la comunidad cristiana no depende principalmente de sus estructuras visibles, sino de su unión con el Señor. Esta realidad se vincula con la obra mediadora de Cristo y con la transformación que su gracia produce en la vida de los creyentes (Creencias Fundamentales n.º 9, 10 y 24). Del mismo

---

<sup>18</sup> Asociación Ministerial de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día* (Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020).

modo, los “sacrificios espirituales” apuntan a una vida entregada a Dios en obediencia, adoración y servicio (Creencias Fundamentales n.º 11 y n.º 22).

La metáfora del sacerdocio también destaca una convicción importante para los adventistas: todos los creyentes tienen acceso directo a Dios por medio de Cristo y participan en la misión de la Iglesia. Esta enseñanza armoniza con la doctrina de los dones espirituales y con el llamado de cada miembro a contribuir activamente a la edificación del cuerpo de Cristo (Creencias Fundamentales n.º 12 y n.º 17). Al mismo tiempo, reconoce el papel de los ministerios establecidos por Dios para el cuidado y la organización de la comunidad. De este modo, la identidad adventista no se limita a la aceptación de determinadas doctrinas, sino que se expresa en una participación activa en la obra de Dios. Esta realidad también tiene implicaciones para la vida interna de la Iglesia. Cada creyente es llamado a poner sus dones al servicio de los demás y a involucrarse en la misión. Asimismo, la adoración no se restringe al culto semanal, sino que abarca toda la vida. El verdadero culto se manifiesta en una existencia marcada por la consagración, la obediencia y el servicio al Señor.

En tercer lugar, la aplicación de los títulos de Israel a la Iglesia (1 Pe 2:9-10) arroja luz sobre la comprensión adventista del remanente. Al describir a los creyentes como linaje escogido, nación santa y pueblo adquirido por Dios, Pedro subraya tanto el origen divino de la Iglesia como la responsabilidad que acompaña ese llamado. Esta perspectiva se relaciona con la doctrina adventista del remanente, entendida como una comunidad llamada a permanecer fiel a las Escrituras y a los mandamientos de Dios mientras proclama su mensaje final al mundo (Creencia Fundamental n.º 13). Sin embargo, el concepto de remanente no debe entenderse como una expresión de superioridad espiritual. En 1 Pedro, la elección siempre está vinculada a la misión. Ser un pueblo escogido significa haber sido llamado para reflejar el carácter de Dios y dar testimonio de su gracia. Por ello, la identidad del remanente solo es auténtica cuando se traduce en fidelidad a Dios, compromiso con su misión y una vida coherente con el mensaje proclamado.

En cuarto lugar, la misión ocupa un lugar central en la eclesiología petrina. Según 1 Pe 2:9, la Iglesia existe para anunciar las virtudes de aquel que llamó a su pueblo de las tinieblas a su luz admirable. Este énfasis coincide plenamente con la comprensión adventista de la misión. La Iglesia está llamada a proclamar el evangelio eterno y los tres mensajes angélicos de Apocalipsis 14, invitando a todas las personas a adorar a Dios y a prepararse para el retorno de Cristo (Creencias Fundamentales n.º 13 y n.º 25). Por esta razón, la misión no es una actividad adicional de la Iglesia; forma parte de su propia identidad. Al mismo tiempo, Pedro deja claro a lo largo de su epístola que esta proclamación va más allá de las palabras. Las virtudes de Dios también se anuncian mediante una vida transformada. Por ello, el servicio al prójimo, el cuidado de los necesitados, la integridad personal y el énfasis en un estilo de vida saludable

forman parte del testimonio cristiano y contribuyen a la credibilidad del mensaje que la Iglesia proclama.

De manera similar, el llamado a la santidad (1 Pe 1:15-16) y a una conducta ejemplar (2:12) ocupa un lugar central en la carta. La Iglesia está llamada a reflejar los valores del Reino de Dios en medio de una sociedad que con frecuencia se opone a la fe. Esto supone una vida marcada por la integridad, la pureza y el compromiso con el bien. Tal énfasis armoniza con la comprensión adventista de la ley de Dios y con el llamado a reproducir el carácter de Cristo en la vida diaria (Creencias Fundamentales n.º 19, n.º 20 y n.º 22).

Todavía en el ámbito de la misión de la Iglesia, 1 Pedro presenta a la comunidad cristiana como un cuerpo caracterizado por el amor mutuo, la hospitalidad y el servicio (cf. 1 Pe 4:8-11). Los creyentes no aparecen como individuos aislados, sino como miembros de una familia espiritual que se sostiene y fortalece mutuamente. Esta visión armoniza con la comprensión adventista de la Iglesia como una comunidad de fe unida en Cristo (Creencias Fundamentales n.º 12 y n.º 14), llamada a reflejar el carácter cristiano mediante el amor, la compasión y el servicio al prójimo (Creencia Fundamental n.º 22). En este sentido, la Iglesia posee una valiosa oportunidad de manifestar el evangelio mediante relaciones marcadas por el amor fraternal y el servicio desinteresado.

Finalmente, la continuidad entre Israel y la Iglesia, destacada a lo largo de 1 Pedro, recuerda que el pueblo de Dios forma parte de una misma historia de salvación. La Iglesia no surge de manera aislada, sino que se inserta en el desarrollo del plan divino como heredera de las promesas de Dios. Esta continuidad se relaciona con la unidad de las Escrituras y con la centralidad de Cristo como fundamento de la fe (Creencias Fundamentales n.º 1, n.º 4 y n.º 12). Por ello, la identidad del pueblo de Dios no depende únicamente de estructuras o instituciones, sino de su relación con Cristo y de su participación en la misión redentora que Él ha confiado a su Iglesia.

En síntesis, la eclesiología de 1 Pedro ofrece elementos que enriquecen la comprensión adventista de la Iglesia: una comunidad peregrina que vive en esperanza; un templo espiritual formado por creyentes transformados; un sacerdocio comprometido con el servicio; un pueblo llamado por Dios para cumplir una misión específica; y una comunidad que proclama las maravillas divinas mediante sus palabras y su estilo de vida. Estas enseñanzas no solo confirman aspectos fundamentales de la identidad adventista, sino que también la desafían a vivir de manera coherente con su vocación, anticipando en el presente los valores del Reino venidero (Creencias Fundamentales n.º 13, n.º 22 y n.º 25).

## Conclusión

El presente estudio ha mostrado que la eclesiología de 1 Pedro presenta una comprensión integral de la Iglesia, en la que identidad, misión y conducta

cristiana aparecen estrechamente vinculadas. Mediante imágenes como las del pueblo peregrino, el templo espiritual, el sacerdocio santo y la nación escogida, el apóstol describe una comunidad llamada por Dios para vivir en fidelidad en medio de un mundo frecuentemente hostil, proclamando con su vida y su mensaje las obras salvíficas del Señor.

Estas categorías poseen una relevancia especial para la identidad adventista del séptimo día. La condición de peregrinos y extranjeros refuerza la dimensión escatológica de la fe adventista; la imagen del templo espiritual y del sacerdocio de los creyentes destaca la centralidad de Cristo y la participación activa de todos los miembros en la misión; y la aplicación de los títulos de Israel a la Iglesia ilumina la comprensión adventista del remanente como un pueblo llamado a la fidelidad y al testimonio. Asimismo, el énfasis petrino en la santidad práctica y en la proclamación de las virtudes de Dios recuerda que la identidad de la Iglesia no puede reducirse a sus doctrinas o estructuras, sino que debe manifestarse en una vida coherente con el evangelio.

Finalmente, el contexto original de 1 Pedro confiere a su mensaje una notable actualidad. Así como los primeros destinatarios enfrentaron presiones culturales y formas de marginación, la Iglesia contemporánea también está llamada a preservar su identidad sin caer ni en la asimilación al mundo ni en el aislamiento. En este sentido, la Primera Epístola de Pedro continúa ofreciendo un fundamento bíblico sólido para una comprensión de la Iglesia que integra esperanza escatológica, fidelidad a Cristo, vida santa y compromiso misionero, permitiendo que el pueblo de Dios anticipe, mediante su testimonio, la realidad del Reino venidero.